



CONCEPTOS
Y FENÓMENOS
FUNDAMENTALES
DE NUESTRO
TIEMPO

UNAM

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES

“LOS CHICOS MOLESTOS” DE AMÉRICA LATINA.
LOS GOBIERNOS “PROGRESISTAS”
GUILLERMO ALMEYRA

Enero 2006

“LOS CHICOS MOLESTOS” DE AMÉRICA LATINA LOS GOBIERNOS “PROGRESISTAS”

Por Guillermo Almeyra¹

Los gobiernos llamados, más por comodidad que por rigor científico, “progresistas”, son muy diferentes entre sí en cuanto a su carácter, sus objetivos declarados, su política, su apoyo popular.

Es evidente, por ejemplo, que la densidad sociocultural de cada país, su cultura popular, sus tradiciones históricas y las tradiciones históricas particulares de los diferentes sectores populares, determinan las diversidades tan grandes que existen dentro de esta banda o franja de gobiernos “progresistas”. Los mismos, por otra parte, son sólo latinoamericanos ya que en otros continentes no se presencia este fenómeno, resultante de varios factores: una larga tradición de independencia política, a diferencia de la inmensa mayoría de los países africanos o asiáticos, que permitió la más que secular constitución y el reforzamiento de clases burguesas nacionales ligadas de modo radial sea con Europa sea con Estados Unidos; una gran concentración obrera en las industrias o en las enclaves resultantes de la acción del capital imperialista; tradiciones de organización política y social antiguas y muy fuertes sobre todo entre los trabajadores de los centros urbanos o de aquellos sectores del interior (como las zonas mineras o salitreras en Chile, Bolivia, Perú) que concentran gran número de obreros en condiciones de particular explotación; hambre campesina de tierras dada la forma particular de tenencia de la tierra heredada de la Colonia.

Para Ernesto Laclau² y muchos otros los gobiernos “progresistas” serían, simplemente, populistas, ya que según ese autor todo gobierno que quiera tener mayoría debe tener elementos “populistas”, empezando por la redistribución de los ingresos por razones políticas y de clientela a favor de una u otra de las clases principales (Bush lo hace, por ejemplo, a favor de los más ricos) y terminando por una ideología vaga y demagógica.

El término “populista”, sin embargo, no designa un movimiento concreto, bien definido en sus conceptos y definido igualmente en el tiempo y en el espacio. Es, por el contrario, y desde hace décadas, un verdadero cajón de sastre, un término *fourette-tout* o *catch all* y, al ser aplicable a todo y todos, no vale para caracterizar a nada o a nadie en particular, ya que

¹ Profesor-investigador de la UAM-Xochimilco y de Política Contemporánea en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, miembro del Sistema Nacional de Investigadores, nivel III.

² Ernesto Laclau, *La razón populista*, FCE, Buenos Aires, 2005.

populistas habrían sido o serían desde Cárdenas hasta Perón, desde Mao hasta Lenin, desde Palmiro Togliatti hasta Silvio Berlusconi, desde Zapatero hasta Aznar, desde Luis Echevarría Álvarez hasta Vicente Fox o Andrés Manuel López Obrador y “populistas” serían Hugo Chávez, que gobierna con las fuerzas armadas como uno de sus apoyos principales, Luiz Inácio da Silva, Tabaré Vázquez, Néstor Kirchner o Evo Morales que, en muy diferente medida, dependen de movimientos sociales organizados o deben tenerlos constantemente en cuenta.

León Trotsky, en cambio, en su exilio mexicano³ y a partir del estudio de la presidencia de Lázaro Cárdenas, el nacionalista revolucionario que le había dado asilo, acuñó el término de “bonapartismo sui generis” para referirse a la acción de los gobiernos nacionalistas burgueses que se apoyaban en la utilización del aparato estatal y en la movilización de los trabajadores urbanos y rurales para crear las condiciones del desarrollo capitalista nacional (sea estatal, sea estimulando un sector de la burguesía local) en contra de la principal fuerza capitalista (el capital extranjero y el imperialismo). Tomando el ejemplo, analizado por Marx, del bonapartismo de Luis Napoleón “el Pequeño”, que sacaba ventaja de la aparente independencia del aparato de Estado dada la debilidad de la burguesía, por un lado, y la falta de independencia política de las clases subalternas y hacía equilibrios políticos en nombre de un reducido sector burgués que estaba lejos de representar a toda la clase capitalista, buena parte de la cual se le oponía, Trotsky recordaba el ejemplo del equilibrio de un corcho sobre la punta de un alfiler si se le clavan, simétricamente, dos tenedores del mismo tamaño que se contrapesan.

Ese equilibrio inestable, que daba la ilusión de la independencia de la política con respecto a la economía nacional e internacional y del aparato estatal con respecto a las clases fundamentales, derivaba en realidad de un “empate” en la lucha de clases en el terreno del país, aunque la existencia del capital imperialista, sumamente poderoso, incidía de modo de debilitar también el frente burgués nacional y de obligar a un sector del mismo a tratar de obtener mejores márgenes en la arena internacional apoyándose en la organización del apoyo popular, aún dependiente de una visión nacionalista.

³ Sobre todo en *Los sindicatos en la era de la decadencia imperialista*, agosto de 1940, publicado en León Trotsky, *Escritos Latinoamericanos* Comp. Por el Centro de Estudios, Investigaciones y Publicaciones *León Trotsky* de Argentina, Buenos Aires, 1999

En una palabra, constituía una excepción circunstancial que requería la existencia de un poderoso movimiento de masas, pero con limitada independencia política aunque gran combatividad, un aparato de Estado débil pero susceptible de ser centralizado mediante el apoyo de las fuerzas armadas, principalmente, y una importante división entre los sectores burgueses locales, algunos de los cuales debían buscar hacer negocios con el desarrollo del poder adquisitivo de los trabajadores (o sea, con un mercado interno más amplio para la industria liviana y los servicios) y deberían buscar en el Estado un apoyo frente a la competencia de las grandes transnacionales.

La ideología –un objetivo político ambicioso proclamado constantemente- sería para afirmar un curso fundamentalmente pragmático: así Lázaro Cárdenas hablaba –y creía sinceramente en sus palabras- de nacionalismo revolucionario y hasta de socialismo mientras creaba las bases del Estado capitalista nacional y subordinaba a él los movimientos obreros y campesinos mediante las corporaciones (CTM, CNC), Getúlio Vargas hablaba sobre un Estado Novo, Juan Domingo Perón proclamaba la construcción de la Argentina potencia, eje de la unidad latinoamericana (abolió la frontera con Chile y la misma Cordillera de los Andes!) y en ocasiones hasta hablaba de socialismo después de inventar el justicialismo (ni capitalista ni socialista, decía). Así Néstor Kirchner habla hoy de justicia social e independencia nacional, Tabaré Vázquez ofrece como futuro el pasado, es decir, el gobierno batllista de principios del siglo pasado, democrático y desarrollista, Evo Morales y Hugo Chávez hablan de socialismo e Inácio Lula da Silva declara buscar la independencia nacional y acabar con el hambre (tareas ambas fuera de sus posibilidades pero lo suficientemente ambiguas como para poder unir a los trabajadores con importantes sectores burgueses concentrados en el mercado interno).

Es conveniente, por lo tanto, aplicar uno de los principios básicos de un análisis político serio: no juzgar a los políticos por sus declaraciones e intenciones (independientemente de si las mismas son sinceras o no) sino por sus apoyos de clase y sus políticas, las cuales deben reflejarse en una redistribución del ingreso entre las diferentes clases y sectores de las mismas y en un cambio en la dependencia real del capital financiero internacional y de las decisiones de la potencia imperialista dominante (que, en América Latina, equivale a decir Estados Unidos).

Las llamadas condiciones internacionales

Hay que recordar también que el mundo ha cambiado considerablemente desde la época de Cárdenas o desde los nacionalismos burgueses redistribucionistas a la Vargas o a la Perón posteriores a la Segunda Guerra Mundial.

En efecto, en el primer caso, entre las dos guerras mundiales, la potencia mundial dominante (y también la dominante en América Latina) era Inglaterra y no Estados Unidos, aunque éste, desde la guerra de Cuba, fuese una potencia en el Caribe y Centroamérica. Además, la proximidad de la guerra mundial dividía a las fuerzas imperialistas, incluso en Washington, y daba, por consiguiente, margen de maniobra internacional al gobierno revolucionario cardenista, que podía aprovechar las diferencias entre las grandes potencias y, también, las contradicciones entre quienes, como Franklin Delano Roosevelt, velaban por los intereses generales del imperialismo estadounidense y quienes, en cambio, en el Departamento de Estado, veían sobre todo los de la Standard oil, afectados en México.

En el caso argentino⁴ hay que considerar también la destrucción que aún imperaba en la Europa que salía de la guerra endeudada y dependiente de Washington, el hecho de que Estados Unidos no era aún la primera potencia mundial, el avance de la influencia del socialismo y el comunismo y del proceso de descolonización (que debilitaban al imperialismo), y la enorme prosperidad económica de un país que, por su neutralidad, durante toda la guerra había vendido sus productos a ambos bandos y había acumulado divisas que no podía gastar en ninguna parte.

Con la mundialización dirigida por el capital financiero internacional, más que nunca, lo “externo” es “interior”. O sea, que el debilitamiento de la hegemonía de la principal potencia imperialista se convierte en un mayor espacio de maniobra para las luchas de las clases subalternas en los países dependientes, pero también para el sector más dinámico de las clases dominantes, que trata de maniobrar para mejorar la economía del país que dirige y, con ello, reforzar su propio poder.

Siempre la coyuntura internacional tuvo en peso fundamental en los acontecimientos “nacionales” más importantes de los países latinoamericanos mayores. La ocupación de España por las tropas napoleónicas favoreció las revoluciones independentistas, la Restauración postnapoleónica en Europa ayudó a la constitución de gobiernos oligárquicos

⁴ Ver G. Almeyra, *La Protesta Social en Argentina*, ed. Peña Lillo-Continente, Buenos Aires, 2004, cap.2.

en los países apenas liberados, la guerra civil en Estados Unidos dio a Napoleón la posibilidad de instalar el imperio de Maximiliano, pero también a Juárez el apoyo de Washington contra los franceses sin tener que pagar un alto precio por el mismo, Lázaro Cárdenas aprovechó los choques interimperialistas para nacionalizar el petróleo y poder seguir vendiéndolo (y, además, evitar la invasión angloestadounidense) y Perón coqueteó con el comercio con la Unión Soviética inmediatamente después de la guerra.

En los años sesenta-setenta (años de la descolonización, años que precedieron al shock petrolero de 1974 que marcó el inicio oficial de esta mundialización) América Latina vio el triunfo de Jango Goulart y la radicalización social, las movilizaciones del 1968 en México, Brasil, Argentina, las grandes movilizaciones obreras y populares en este último país, que obligaron a las dictaduras a traer de vuelta a Perón, como apagafuegos, los gobiernos del general Torres en Bolivia, Velasco Alvarado en Perú y Salvador Allende en Chile, acontecimientos que, a pesar de todas sus diferencias y particularidades, tenían en común el aprovechamiento de las grietas políticas que creaba la crisis de hegemonía imperialista, recuperada después precisamente mediante la ofensiva general del Capital contra el Trabajo llamada mundialización. Esta redujo el campo de la política y de las soberanías y concentró las riquezas y el poder en escala local e internacional.

En la actualidad lo externo es interno y lo interno, externo. El mundo capitalista es uno, aunque siga estando dividido en Estados que, (contrariamente a lo que sostiene Tony Negri), son indispensables para la realización del capital y no pueden ser eliminados mientras exista la lucha de clases a escala internacional. (Dicho sea por inciso: para no horrorizar a muchos que deben creer que hablar de clases refleja un conservadorismo teórico fuera de época, debo decir que para mí las clases no explican todo y cada uno de los fenómenos pero son la base “gruesa” sobre la cual habrá que hacer un paso posterior, para profundizar el estudio histórica, cultural, sociológica, étnica, políticamente.)

Dado que el mundo está unificado por el capital financiero, pero no homogeneizado por el mismo -pues su influencia se ejerce con mayor o menor intensidad según las composiciones de clase existentes en cada país, su tradición cultural e histórica, las experiencias de organización y de lucha de las clases subalternas- no se puede hablar de un grupo “progresista” de gobiernos latinoamericanos, entendiendo que dicho grupo podría ser más o menos homogéneo o responder a un mismo modelo.

En realidad, estamos frente a la diferenciación de los gobiernos de los principales (en peso económico o político) países como resultado de varias crisis que se intersectan e interinfluyen: una crisis de hegemonía de Estados Unidos, la crisis de dominación de las clases gobernantes con la consiguiente crisis en las fuerzas armadas, la crisis de sus tradicionales instrumentos de mediación social (Iglesia, direcciones sindicales, partidos políticos de izquierda o de derecha, pero institucionales), la ruptura de la relativa unidad cultural antes existente entre subalternos y dominantes, la ruptura de una visión unificada y local del territorio.

Cuatro casos: Argentina, Uruguay, Brasil, Bolivia, Venezuela

Cada caso tiene orígenes, una dinámica interna e particularidades que les son propios e irrepetibles.

En **la Argentina**, por ejemplo, pese a las esperanzas en una transformación del país desde arriba, desde el poder, para responder a las necesidades de las clases subalternas y pese al nacionalismo, despertadas desde mediados de los 1940 por el peronismo, las sucesivas dictaduras (desde 1955) y los gobiernos condicionados por los militares o por el gran capital redujeron enormemente las ilusiones en el papel transformador del aparato estatal. Menem, en los 1990, le dio un golpe terrible al estatismo con las privatizaciones e hizo aceptar la idea neoliberal de que lo privado era eficiente y lo estatal despilfarrador y pésimo. Esa fue la base del consenso pasivo, pero consenso al fin, a la aplicación de las políticas neoliberales y la base de la reelección de Menem. La presidencia De la Rúa, por su parte, aplicó la misma concepción con el mismo personal. La Argentina siguió siendo el alumno modelo del Fondo Monetario Internacional...hasta que fue a la quiebra de modo espectacular. En lo que respecta al actual presidente, Néstor Kirchner, éste fue gobernador, menemista, en su provincia de Santa Cruz, fue un activo privatizador del petróleo (YPF), hizo que las importantes regalías que obtenía de eso la provincia (500 millones de dólares) se invirtieran, anticonstitucionalmente, en Suiza y, cuando el aparato peronista de la provincia de Buenos Aires, dirigido por el después presidente Eduardo Duhalde, colaboró en la rebelión popular que expulsa a De la Rúa y recuperó el poder central, Kirchner aparece como un candidato a presidente desconocido, impuesto y respaldado por la mafia duhaldista en oposición a la otra mafia proimperialista dirigida por Carlos S. Menem. En

las elecciones que siguieron a los motines de diciembre del 2001, en la primera vuelta Kirchner obtuvo el 22% de los votos y Menem lo superó en sufragios, pero éste no fue al ballottage porque todo el repudio al menemismo se concentraría en la segunda vuelta alrededor de Kirchner.

De modo que éste no tiene una base propia: en el aparato, dependió en sus comienzos de la mafia bonaerense y de Duhalde y, en lo que se refiere al apoyo popular, no contó con un caudal propio sino con el apoyo negativo resultante del odio mayoritario a Menem hasta el 2005, cuando comenzó a construirse una popularidad.

La misma situación de vacío se planteaba en el campo popular. El estallido del 20 de diciembre del 2001 se produjo casi exclusivamente en la Capital Federal. Movié amplios sectores, pero los mismos nunca superaron el medio millón de personas (sumando piqueteros y asambleas populares). La derecha, en la Capital misma y en el país (Menem, más la derecha antiperonista) representaba aún, en su conjunto, cerca del 40% de los votos (como se vio en las elecciones sucesivas) y en las elecciones de octubre del 2005, esa derecha logró la mayoría en la ciudad de Buenos Aires.

Esta falta de organización y de opciones alternativas por parte de la izquierda social (piqueteros, asambleas, sectores sindicales combativos) es lo que permitió al gobierno de Kirchner cooptar enteros grupos piqueteros (Barrios de Pie, Federación Tierra y Vivienda, Corriente Clasista y Combativa), comprar dirigentes peronistas en todos los sectores (de izquierda, como Miguel Bonasso, o entre la mafia de Duhalde y el propio menemismo, en la provincia de Buenos Aires) para llevar a cabo una política de reconstrucción del aparato estatal que asegurase enormes ganancias a los inversionistas y las grandes empresas. En el campo de los Derechos Humanos (cooptó también al sector de las Madres de Plaza de Mayo dirigido por Hebe Bonafini) hizo cosas muy importantes, pero simbólicas, que le dieron un gran rédito político sin costos sociales, ya que tanto las Fuerzas Armadas como la jerarquía eclesiástica estaban muy desprestigiadas (en todos los sectores). En el de la economía, aprovechó la brutal rebaja de los salarios reales resultante de la devaluación de la moneda a un tercio de su valor, la altísima productividad de los trabajadores argentinos, el impulso a las exportaciones derivado de esa devaluación, que constituyó, además, una barrera infranqueable para las importaciones y gastos externos en divisas, y explotó a fondo el temor de los trabajadores ocupados a caer, ellos también, en la desocupación y la miseria.

Para su fortuna, en esos años aumentó enormemente el precio del petróleo y de la soja, las dos principales exportaciones argentinas. Manteniendo congelados los salarios y sin conflictos sociales importantes debido a la enorme desocupación, logró además que las grandes transnacionales comprasen importantes empresas, devaluadas, y obtuviesen ganancias fabulosas. Las reservas en divisas aumentaron, las recaudaciones fiscales también, el crecimiento del PIB al 9 por ciento anual durante tres años consecutivos mejoró algo la situación en el frente del empleo (aunque el salario real está al nivel de 1974)⁵ y llegó a un acuerdo con la corrupta dirección de los Gordos (la dirección corporativa peronista de derecha, menemista, de la Central General de Trabajadores) mientras ni siquiera le daba personería gremial a la Central de Trabajadores Argentinos (CTA, independiente) algunos de cuyos dirigentes compró para debilitarla.

Sobre la base de esa coyuntura internacional (debilidad del imperialismo, empantanado en Vietnam, existencia del gobierno de Hugo Chávez, el cual a su vez necesita del apoyo argentino, buen precio del petróleo y de la soja), pudo desconocer un tercio de las deudas privadas y satisfacer la voluntad del FMI (Rusia, Brasil, Argentina, los países más endeudados, cancelaron su deuda con ese organismo, evitando al mismo tiempo que el mismo incida diariamente, con sus exigencias, en la fijación de sus políticas económicas internas). Ante la opinión pública esta operación fue presentada como un acto de liberación patriótico, como si la Argentina ya no tuviese deuda externa. En realidad, la deuda sigue siendo la misma porque los 9 500 millones de dólares cancelados al FMI fueron prestados por el Banco Central, a 10 años y el país debe, por lo tanto, más de 124 mil millones de dólares (y tiene en el exterior más de 100 mil millones exportados ilegalmente por la oligarquía agroindustrial)⁶. A pesar del superávit fiscal no aumenta a los jubilados, sigue dando 50 dólares por mes a los desocupados beneficiarios de los Planes Jefe y Jefa de Familia, no hace obras públicas ni recupera para el Estado empresas claves privatizadas por Menem y en su presupuesto para el 2006 no prevé ningún aumento en los gastos, ni aumentos a los empleados públicos, que tienen sueldos desvalorizados desde hace años. Los 2 300 millones de dólares resultantes del ahorro del pago de intereses al FMI, los mete en cambio en un fondo anticíclico, congelados.

⁵ Sobre estos datos, ver *Clarín*, 4, 5 y 6 de enero del 2006.

⁶ *Ibidem*

La Argentina de Kirchner sigue estando en poder de las grandes empresas extranjeras y dependiendo de la exportación de productos agrícolas o industriales que hacen las mismas. La tenencia de la tierra no ha sido tocada y la oligarquía está más próspera que nunca y la brecha entre los más ricos y los más pobres no cesa de crecer. Lo único innovador, aparte de la importantísima defensa de los derechos humanos, es que la Argentina se da como meta inmediata, en el presupuesto, la concesión del 6% del PIB a la educación (es decir, más que países como Francia).

Como la derecha no está unida, no tiene plan ni candidato, y la izquierda política está fragmentada y carece de ideas (ha sido incapaz de prever las medidas ante el FMI o de proponer otro presupuesto) y como el movimiento obrero recién está comenzando a salir de una fase de estancamiento y de luchas de retaguardia (este año las huelgas se triplicaron con respecto al anterior y fueron las más numerosas desde 1990)⁷, Kirchner aparece solo en el primer plano del escenario. Como el corcho de marras sobre el alfiler. No hay en la Casa Rosada un gobierno antiimperialista, coherentemente “progresista”, con una política alternativa a la del capital y ni siquiera a la neoliberal, que es una de las políticas- la actual- de éste: existe en cambio el gobierno de un sector peronista que no ha roto con los métodos del pasado, pero que ha sido favorecido por la coyuntura internacional (entre otras cosas, por la existencia del gobierno chavista), por la crisis del imperialismo, por los buenos precios de las exportaciones argentinas y por la profunda derrota del movimiento obrero y popular, aún no superada, pero también por la crisis de hegemonía cultural de las clases gobernantes y por la crisis de dominación, que se expresó a fines del 2001 y aún subsiste. Nuevas derrotas de Washington, nuevas victorias populares, como la de Bolivia, muy probablemente reducirán el margen de maniobra político de Kirchner que, en lo económico, depende del MERCOSUR y de las compras chinas de forrajes.

El caso del **Uruguay** es diferente. El país tiene 3.5 millones de habitantes, pero buena parte de sus trabajadores laboran en la Argentina. La desocupación oficial asciende al 13.5 por ciento, pero en algunos lugares claves supera el 40 por ciento y la deuda pública equivale al 110 por ciento del Producto Interno Bruto⁸. La sociedad uruguaya, sin embargo, es mucho más organizada y democrática que la Argentina y, aunque la desocupación en el

⁷ *La Nación*, 7 de enero del 2006.

⁸ *Bolpress*, 6 de enero del 2006.

país es muy fuerte, como hemos dicho, la mitigan las remesas de la emigración masiva a Buenos Aires. Además, el Frente Amplio organizó la oposición a los partidos burgueses durante 40 años y gobernó la capital, Montevideo, que agrupa a casi la mitad del electorado, también por años.

En cuanto al gobierno de Tabaré Vázquez, ex alcalde capitalino, dirigente socialista moderado, nació de una esperanza masiva, a diferencia del de Kirchner Su impotencia proviene de otros factores. En primer lugar, el programa de la izquierda para el futuro consistía en tratar de reproducir lo que a principios del siglo XX había hecho el gobierno “colorado” de Batlle. Pero el mundo y el Uruguay habían cambiado desde entonces y la idea de un desarrollo capitalista en un pequeño país, desindustrializado y con una población diezmada por la emigración, era completamente anacrónica. A su modo, la idea stalinista del socialismo en un solo país que desde siempre comparte la socialdemocracia sigue infectando a todas las izquierdas, que no pueden ver lo que se puede hacer localmente pero sólo si se tiene en cuenta la irreversible mundialización. Sin un desarrollo común entre Uruguay, Argentina y al menos el sur del Brasil sólo se cosechan problemas, como lo indica el intento del gobierno de Montevideo (rechazado por los ecologistas argentinos y uruguayos) de destruir el río Uruguay y Ambas riberas plantando millones de eucaliptos y construyendo contaminantes papeleras. El segundo problema consiste en que el gobierno se apoya sobre un pool de partidos y organizaciones sociales, no sobre algo coherente y homogéneo y privilegia, no el nivel de vida y de consumo de los uruguayos, sino los acuerdos con las transnacionales y con los organismos financieros internacionales que sirven al imperialismo para tratar de debilitar al MERCOSUR (cuya sede está en Montevideo).

Menos que en cualquier otro caso, el gobierno de Tabaré corresponde a un modelo “progresista”. Es sólo fruto de una coyuntura y depende de las economías y las políticas del Brasil, principalmente, y de Argentina, y de los avatares del MERCOSUR (donde, al igual que el gobierno paraguayo, es visto por Estados Unidos como un potencial Caballo de Troya en esa organización, para evitar un eje Caracas-Brasilia-Buenos Aires reforzado, eventualmente, desde La Paz).

Las políticas de Kirchner y de Lula, que nada ofrecen a Montevideo, ni siquiera como otra opción cuando resisten, como en el caso de las papeleras, lo que el imperialismo le

impone a Tabaré Vázquez, no ayudan para nada a los sectores más progresistas del frente que gobierna en Montevideo, por nacionalismo estrecho de ambos gobiernos “potentes” que les impide compensar a los pequeños países para mantenerlos unidos al MERCOSUR.

El caso del Brasil es diferente a los dos anteriores. Lula llegó al gobierno con un partido construido desde abajo, desde la lucha contra la dictadura. Pero lo hizo en un momento de reflujo y de desgaste del movimiento de masas en el país, que duraba ya años y abarcaba incluso al Movimiento de los Trabajadores Sin Tierra, el más pujante y organizado de todos los que giraban en torno al Partido de los Trabajadores. Lula siempre había dirigido el ala socialcristiana compuesta por burócratas sindicales del PT, no la izquierda del mismo. Sus intenciones y sus límites eran archiconocidos y sólo pueden hablar de “traición” los que quisieron ilusionarse (y se des-ilusionaron después) o los que se creen poseedores de la receta exclusiva para la lucha anticapitalista y juzgan a todos a partir de eso. Su gobierno se apoya en un sector de los terratenientes que trabajan para el mercado interno y que quieren controlar al MST sin represión, en una buena parte de los exportadores de una industria que necesita el MERCOSUR porque en otros mercados, por falta de calidad, no es competitiva, y en exportadores de productos agropecuarios que tienen roces con el proteccionismo estadounidense. Si tenemos en cuenta que de los 37 millones de argentinos unos 12 millones son mercado real y de los 150 millones de brasileños son mercado otros 35, el MERCOSUR es bueno para esos sectores, porque consiguen reunir un mercado real de 50 millones de personas, y Brasil tiene en el mismo la hegemonía.

Lula, por consiguiente, no es neoliberal ni agente del imperialismo, como dicen los Petras y sus similares: es un presidente de los grandes capitalistas brasileños, que aprovecha su apoyo popular derivado de la larga existencia del PT como partido de una oposición de los trabajadores, para conseguir mayores espacios gracias a las dificultades en que se encuentra el gobierno de Washington (y a la posibilidad, también, de negociar con China). No tiene una ideología “progresista” propia, pero depende en parte de sus contactos con las bases sindicales (en serias dificultades) y del hecho de que el MST, para lograr algún éxito concreto, debe mantener lazos con los gobiernos del PT. No hace la reforma agraria para no romper su alianza con los terratenientes del Norte, pero la promete para no romper con el MST y para que éste no recurra, desesperado, a una serie de acciones masivas. No hace la

política clásica que le exigía el FMI (paga la deuda para tener margen de maniobra) pero mantiene el rumbo dentro de un margen de modernización capitalista de la economía, mezclado con medidas asistenciales (que las grandes mayorías de todos modos apoyan porque siempre carecieron de todo). El conflicto en el MERCOSUR deriva también del hecho de que Lula, como Kirchner, defienden frente al otro los intereses de “sus” industrias (muchas de las cuales son por otra parte transnacionales).

Evo Morales y su gobierno, por el contrario, son impulsados por una revolución que se arrastra desde hace rato (desde la “guerra del agua” de Cochabamba, para darle un comienzo aproximado). Ellos no dirigen un proceso que los impulsa y desborda, sino que lo canalizan. Son el resultado del antiimperialismo y de las reivindicaciones antirracistas que conmueven el mundo indígena andino, no de un plan o un programa político definidos. Su vicepresidente, Álvaro García Linera, ex teórico de una guerrilla étnica aymara, es teórico ahora de un “capitalismo andino” que pretende mezclar lo que queda del ayllu y de las comunidades con la economía familiar y que carece de cualquier sentido, salvo el de buscar consenso internacional en los gobiernos imperialistas con los cuales Bolivia tendrá que negociar (como los de la Unión Europea) o en los gobiernos de Argentina, Chile y Brasil, que se sentirán afectados por el cambio en el gobierno de La Paz. Deberá estatizar gas y petróleo y distribuir tierras, por la presión popular. Pero, como carecerá de técnicos, funcionarios, personal especializado, y como enfrentará inevitablemente el intento de aplastarlo de Washington y la derecha boliviana (y de las derechas argentina y brasileñas), deberá establecer lazos privilegiados con Venezuela y, al mismo tiempo, avanzar con cautela en el país. Jamás se declaró socialista, es un sindicalista moderado en sus ideas, no tiene un partido sino un pool de organizaciones sociales heterogéneas y su valor –abre sus velas a los vientos de abajo y de la izquierda- le impulsan hacia delante, guiado por el pragmatismo revolucionario.

El gobierno de Venezuela es otro ejemplo de este tipo de procesos. En todo período de crisis social, los aparatos clásicos de la dominación (la Iglesia y las fuerzas armadas) se rompen vertical y horizontalmente, según las líneas trazadas por las respectivas opciones de clase e internacionales. Surgen los partidarios de la Teología de la Liberación o de la Iglesia de los Pobres, incluso en los obispados, y surgen los militares patriotas (los curas Morelos y los Allende, fray Luis Beltrán y San Martín, Camilo Torres o el general Torres en Bolivia,

etc). Carlos Andrés Pérez abrió el camino en Caracas, primero, a Causa Radical, no a Hugo Chávez. El repudio a los viejos partidos, pero también el fracaso de la nueva izquierda, dio la base para un gobierno que se apoya en un sector de las fuerzas armadas y en la voluntad popular, aún desorganizada y que necesita transitoriamente un líder. La política del chavismo mantiene el capitalismo y hacer depender todas las decisiones del poder estatal central, pero se apoya cada vez más en la organización de masas, que trata de controlar, pero que promueve. Su política es la del nacionalismo revolucionario al estilo de Lázaro Cárdenas, pero no se guía por una línea programática -que no tiene- sino por el antiimperialismo y latinoamericanismo confusos del “bolivarismo”. Hace una política capitalista sin los capitalistas y con los capitalistas importantes en contra, entre otras cosas por racismo y por la sumisión de los mismos al capital financiero internacional y al imperialismo. El gobierno de Venezuela expresa la crisis del capitalismo y la pérdida de hegemonía de Estados Unidos, pero navega día a día tratando de homogeneizar las fuerzas nacionales. El socialismo no lo proclama un líder ni se hace por decreto gubernamental: depende de un crecimiento político y de la conquista de la autoorganización por parte de los trabajadores. El gobierno de Chávez, sin duda, favorece esa construcción de organización y conciencia y por eso es temido y combatido por Washington: puede dar un importante punto de apoyo al gobierno de Evo Morales y al de Fidel Castro, pero no es un ejemplo.